



En este mundo nuestro, tan encubierta o descaradamente dirigido, uno de los pocos redentes donde la libertad impera todavía sin limitaciones es en el de la poesía y la literatura. Y ello a tal punto que, en ambos géneros, es fácil encontrar autores que no sólo usan de la libertad sino que caen de lleno en el libertinaje.

Dentro de esta última órbita gira en Chile, desde hace cuarenta años, ruidosamente, airadamente, monótonamente, Pablo de Rokha, a quien un Jurado en plena posesión de su insolvencia en la materia del caso, le ha conferido este año por unanimidad el Premio Nacional de Literatura. No le concedo a este Premio, ni a ningún otro, mayor importancia. No la tiene por su monto, que es muy exiguo, ni por el prestigio que supone. Conviene recordar, a propósito de premios, que José Ortega y Gasset no recibió el Nobel; y que en Chile, en otra escuela, tampoco han recibido el Nacional María Luisa Bombal ni Edgardo Garrido Merino, novelistas excepcionales, con obras premiadas en el extranjero, y cuyos méritos nadie discute. Pero nuestro Premio Nacional sí tiene importancia en relación con la enseñanza de literatura a los alumnos. Si ellos, por obligación, deben leer los textos de nuestros autores premiados, es del todo conveniente que esos textos sean un reflejo de la belleza, ojalá un alto modelo, un ejemplo digno de ser seguido.

Y véase una muestra de lo que ha escrito Pablo de Rokha y que ahora tienen que leer las muchachas liceanas, so pena de ser reprobadas en sus exámenes:

"Cocina González rajada, cubo, de poltrona azul con los perchazos libres cimbrando carcajadas de material caliente como dos insultos o dos zapallos de substancia tremenda y un sexo pujante y oceánico que arrastra retrotrayendo bielas de suplicio a horcajadas encima de Raimundo hilando sus ganas aún a setenta leguas con tanta evidente forma turbia montada en Raimundo tendida en Raimundo desde los inocentes taquinos aternilándolo le belleza desahogada de la inmundicia besándolo machacándolo y estacándolo de horrachera de cuba de vino volcada en incendios de ciruelos nuevos" (Antología. 1916-1953. Edit. Multitud. Pág. 114).

¿QUIEN HA LEIDO SUS LIBROS?

Como se advierte, la prosa de Pablo de Rokha, aparte de ser furiosamente antigramatical, no es bella, como que no persigue la belleza. Es una turbia mezcla de elementos dispersos, extravagantes, crudos y obscenos, desprovistos de toda racional orientación: es un sonoro caos, un informe alud de imágenes infantilistas, delirantes, bombásticas, presentadas a tal punto sin orden ni concierto que, a poco de ser leídas, aturden. Al principio resulta un espectáculo insólito, curioso, o cuando menos tan pintoresco como la chachara de un ebrio. Pero luego, por los mortales efectos de la repelición, esa literatura pierde todo interés, se autoplagia y, a fuerza de querer decirlo todo, termina por no expresar nada.

Esa poesía, por lo demás, y por suerte, la conocen muy pocos lectores. ¿Y cómo podrían leerla si los editores, que saben lo que hacen, jamás han sido tan locos como para editarla? Pablo de Rokha, en consecuencia, ha tenido que convertirse en su propio editor y en su propio propagandista. Y ahí sí que ha dado en el blanco y exhibe records que

Pablo De Rokha o la Sonoridad del Caos

Por Edmundo Concha

nadie en Chile supera. Ha publicado docenas de libros y se ha creado un nombre. Muy poca gente habrá leído esos libros, pero es tal la persistencia con que el autor se ha hecho su propaganda, situándose comúnmente al lado de Riquelme, Rabelais o Shakespeare, que ya no hay quien desconozca su nombre, un nombre impuesto por las vías del peson, de la majadería y hasta del terror.

FIJACION ADOLESCENTE

Para explicar la ira permanente de los escritos rokhianos, su reto al mundo, sirve el instrumental del psicoanálisis. El es un típico representante de lo que se denomina una fijación adolescente. En esa etapa de la evolución humana, cuando las apetencias son mayores, el sujeto, que ya no es niño ni tampoco adulto, sabiéndose en tierra de nadie, se siente incomprendido y cree que el mundo es su enemigo, por lo cual decide atacarlo por los cuatro costados. Entonces, a esa hora de la clásica querrela de las generaciones, se está contra todos y contra todo. Pero después, al cabo de algunas experiencias, afortunadamente el hombre encuentra su lugar en el cosmos, se acomoda, se equilibra, y asume una actitud creadora. Es el proceso normal. Recuerdese que Chateaubriand decía: "Todo hombre que en su juventud no es revolucionario, no tiene corazón; y todo hombre que en su madurez sigue siendo revolucionario, no tiene cerebro".

Pablo de Rokha, en el itinerario de su propio desarrollo, se detuvo en la estación de la adolescencia. Ahí quedó en pena. Por eso resulta aún hoy, a los 71 años, todo un colérico, un colérico que enarbola una causa un tanto vaga donde sólo cabe divisar una gran exaltación a la chilénidad y una no menor exaltación a su propio e individual resentimiento. En este trance, Pablo de Rokha, reiteradamente, desintegra el mundo que lo rodea, tal como se advierte en el siguiente texto:

"Furiosos entusiasmados acapara esperanzas disgregadas gobierna su barco salvaje tira un grito riéndose y lo agarra en la punta de la espada desenvainada y cuando se le caen los pantalones al universo pateo la tierra ¡repulsa! ¡parajol! hay que ver a Raimundo libre, grande, fuerte en pintas, desenrollando estrellas desnudas y soles chúcaros en este instante que huele a quillay descuerado mierda enderezando la verja como toro oliendo las montañas sidosas". (Ob. Ct. Pág. 133).

MAS VALE SU INTENCION QUE SU OBRA

Este proceso de desintegración de la realidad es legítimo en todo poeta, pero sólo a condición de que en seguida vuelva a integrarla, a su manera, en su estilo. Esa es la obra de arte: no la

copia intacta de la realidad ni tampoco su presencia desarticulada, sino la recreación o estilización de ella. La poesía de Pablo de Rokha, nada bella, tiene sí un incontestable valor precursor: en Chile, antes que la de Pablo Neruda, hizo trizas los moldes tradicionales e inauguró nuevas rutas al proceso de la creación. Él abrió puertas a trancazos y dejó expedito el camino para que posteriormente otros poetas, desencadenados, se lucieran.

Yo, en Pablo de Rokha, admiro más la intención que los resultados de su obra. En esa intención hay un amor a Chile que nadie bien nacido podría no compartir. De Rokha ama sinceramente al pueblo y sus costumbres, las que, por lo demás, comparte gustosamente. Lo que no me gusta es su forma de expresar ese amor, y no porque yo ame cosas distintas a las suyas, sino porque esa forma la hallo ineficaz y a veces hasta contraproducente. Tampoco suscribo su manera de atacar, siempre más rica en epítetos que en argumentos. Hay el insulto liso y llano está desprestigiado y tiene efectos de boomerang, de lo cual cabe deducir que Pablo de Rokha, tan dado al insulto al por mayor, es de temperamento masquista.

UN PREMIO QUE ES UN DESACIERTO

El estilo de Pablo de Rokha, que es tan personal, se debilita porque su autor, conforme a su psicología de adolescente, ha sabido conservar, con insobornable pureza, su virginidad ante el contacto de los conocimientos humanísticos, esos que constituyen la base de todo intelectual. La historia, la ciencia, la filosofía, con su efecto modelador, están ausentes en el trasfondo de su obra, sin perjuicio de que en ella afloran a veces nombres ilustres, con los cuales desea acreditar de alguna manera su propia voz. Esta limitación cultural, sumada a su poderosa y avasallante personalidad —grávida de nobleza, de ternura y de humildad en su vida privada— ha inutilizado también la eficacia de su condición de revolucionario, que por ser imaginaria, tanto le gusta campañear. La suya, en cualquier caso, es una revolución unipersonal y verbalista.

Yo habría sido feliz si esta vez hubiera podido aplaudir la designación del nuevo Premio Nacional de Literatura. Pero no podría hacerlo sin traicionar mis propios puntos de vista sobre la poesía. Y del desierto del fallo no culpo por supuesto al poeta, quien, dentro de la libertad de que dispone, puede escribir cuanto se le ocurra y como se le ocurra. De ese desierto, bárbaramente atentado a la cultura nacional, es responsable un Jurado compuesto por señores que valen mucho más como amigos que como críticos.

Pablo de Rokha o la sonoridad del caos [artículo] Edmundo Concha.

Libros y documentos

AUTORÍA

Concha, Edmundo, 1918-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pablo de Rokha o la sonoridad del caos [artículo] Edmundo Concha.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile